

QUIZÁS NOS
PASE
A TODOS

Primera edición: abril 2024
Derechos de autor: Diego L. Monachelli
Diseño de cubierta: Estudio Casao -Terrazas
Ilustración de cubierta: Carlos López (@mr_legaz)
Edición: Virgilio González Briceño
Diseño interior: Daniel Franco Sánchez
Ilustración página de autor: Pedro Coiro
ISBN: 9788409593309
Depósito legal: NA 605-2024

Queda prohibida cualquier reproducción, distribución, transformación,
comunicación o venta no autorizada por el autor, excepto las previstas por la
ley.

QUIZÁS
NOS PASE A TODOS

Diego L. Monachelli



A mi Nana.

A Ioio.

A Lander y su bienaventurado aterrizaje.

*Por eso no me atrevo a tirar la piedra
ni a quien cree en cosa que yo dudo,
ni a quien idolatra la duda...
Esta piedra me alcanzaría a mí mismo,
ya que de una cosa estoy convencido:
la necesidad de consuelo del ser humano es insaciable.*

Stig Dagerman.

I

Tengo que escribirte esto deprisa, Nana, antes de que se me olvide hacerlo. Seguro que ya estarás sonriendo — como me pasó a mí al principio—, pero uno se sonríe porque no sabe, por eso, Nana; es como ir atajándose sin quererlo, como cuando uno tropieza. Es sólo eso, un tropiezo, uno cualquiera y al que no se le presta atención —esto ya lo vi antes, como le pasó al Negro—, uno se recompone, se ríe un poco mirando para los lados y continúa como si nada, pero en el fondo se siente avergonzado y no piensa en el pie —cómo vas a pensar en un pie—, sino en una baldosa floja, en un pozo o en que va con la cabeza en otra cosa. Justamente eso, otra cosa, pero jamás tu pie. Es el único momento en el que sentís que es bueno engrosar esa cosa multitudinaria que agita las calles, porque uno da tres pasos mirándose los zapatos, mordiéndose la risa y ya vuelve a ser nadie; nadie lo recuerda.

Después pasan los días y uno se olvida también, porque aparecen las obligaciones, los horarios, las reuniones, Luis, Bety o Edurne, Clara y el Negro —no, el Negro ya no—, la familia, los viajes y al fin uno se olvida.

Entonces vuelve a suceder, pero no te das cuenta, y una noche cualquiera estás de sobremesa en la casa de Luis, a esa hora en la que aparece su pipa, las botellas de *whiskey*, y las discusiones las empezás a escuchar como de lejos, cada vez más ruido de olas pequeñas que rompen y menos palabras en medio del humo y la luz del televisor encendido y mudo vuelto contra la pared. Mirás la mesa, tu brazo tendido sobre ella, y al final de él, la mano, como si fuera de otro, que rodea el vaso y lo sujeta sin fuerza — más que sujetarlo parece que se aferra a él para no caer de espaldas boqueando como un pescado—.

Justo ahí, en el preciso instante en el que parece que al fin se va a soltar, la voz cristalina de Bety que rompe el murmullo de olas para pedir un brindis por algo que no sabés, y te quedás así, con la mano en el vaso, sin saber qué hacer, cómo hacerlo. Los otros vasos te esperan suspendidos en el aire y uno cree que sonrío, pero no, no parece que lo vean. Es horrible, Nana, porque en ese instante empiezan las recriminaciones: «¿Ahora contra qué te estás manifestando, contra las estúpidas convenciones, contra los rituales desafortunados?» Cosas que se dicen de vez en cuando para la risa o la discusión, para molestar al personal; ya sabés, Nana, uno tampoco se toma tan en serio.

Después todo pasa, no sabés cómo, pero ya se teje la despedida, el «nos vemos mañana», «no, mejor el jueves, en el concierto de Gez Carballo», «sí, en el Yacaré»; lo típico, «este pa'l estribo», aunque no fuera mate ni el último y dejar que el adiós se alargue hasta el bostezo y que alguien hable del trabajo y la mañana, repartiendo besos y abrazos.

Embistiendo las escaleras, vienen las risas con ese andar bamboleante e inseguro, entonces le tocás la mano a Edurne —uno se da cuenta de que lo hace con la otra, con

la que no es pescado, por miedo— y ella sonríe como una promesa. A la mañana siguiente, la mirás dormir y tenés ganas de despertarla, de contarle, porque después volvió a suceder. Sí, es cierto que de otro modo, pero volvió a suceder. Nana, no sé si explicarte esto, me da pudor hacerlo, pero para que lo entiendas...

Ya se había repetido el amor, ahora era más tierno y suave; en la penumbra del cuarto busqué su rostro para besarlo y en ese lento movimiento fue el mío el que se adelantó. Lo siento, Nana, no puedo explicarlo de otra manera. Mi rostro se adelantó como una máscara, me dejó detrás, a cuatro dedos de oscuridad, y cuando los labios se encontraron, no sentí su beso.

Entonces fue su rostro el que comenzó a cambiar. No como el mío, no como una máscara, porque eso implica la idea de un borde definido, algo tajante y rápido, un límite inmóvil y preciso. No, eso no. Era más bien un movimiento orgánico y suave, una lenta corriente de cosas minúsculas con todos los matices de lo blanco ondeando hacia lo negro y al revés.

Pero cómo interrumpirle el sueño, Nana, cómo despertarla y explicarle que ella era esa caótica sucesión de rostros, que ella era todos los rostros justo en el momento culminante del amor.

Más o menos sucedió así, Nana, lo siento, pero te lo estoy resumiendo lo mejor que puedo agobiado por la prisa y el miedo. Con la prisa del miedo.

...

Pasaron algunos días y las cosas volvieron como de costumbre a esa regularidad tan lacia y detestable; casi

me olvidé del asunto. Podría decirte que lo olvidé por completo, pero sería mentirte, Nana, y sabés que jamás lo hago. No a vos. Pero si existe la regularidad, es por lo irregular.

Creo que fue el jueves, porque caminé hasta la oficina pensando en el concierto de Gez y en Edurne, en el Negro, que hacía tanto tiempo que no lo veíamos, y en Clara, que lo justificaba por todos lados como un pulpo de excusas.

Después se me cruzaron unos versos —así, como un pedrazo, como suelen suceder esas cosas—, pero no quise detenerme a escribirlos y fui repitiéndolos para no llegar otra vez tarde al trabajo. Todavía los recuerdo: «Abismar un pie hacia lo que nace y sentir en ese barro desnudo que no se curva el tiempo, sino el aire».

Pero lo que me esperaba fue más bien prosaico, aunque empezara por el pie. Sí, Nana, cuando entré a la oficina sentí que se me escapaban los versos, que se borro-neaba la silueta de las palabras en la almohada resacosa que tengo por cabeza. Entré deprisa, sin saludar, y cuando estaba por alcanzar mi escritorio, sentí que también se me iba borrando un pie, luego el otro, como si estuvieran separándose de mí y fueran unos cualquiera, pero no míos. Entonces fue inevitable, perdí el equilibrio y comencé a caer. Y no te lo digo así, Nana, por intentar hacer literatura —mala, cómo no—. Fue así de verdad, comencé a caer, porque fue un ir derrumbándome lentamente, ver las lapiceras y los papeles sobre el escritorio, el cajón mal cerrado, el respaldo de la silla un poco inclinado y detrás, algo más allá, la cara de Girolmini apareciendo por un costado del banderín de su mesa y abriendo los ojos enormes, moviendo la boca. Luego las manos, las mías, Nana,

mis manos llegando al suelo como pájaros muertos, como algo inerte y gelatinoso, y después del oscuro golpe, sólo zapatos.

Vinieron a levantarme y hubo un pequeño revuelo, nada fuera de lo común, discusiones que si el azúcar, que si sal, que si la presión y el calor, que abran la ventana. Pero no, Nana, nada de eso, yo de algún modo empezaba a saberlo. Pero explicarles, cómo explicarles que mis pies y el tiempo, y yo ahí, cayendo, las manos como pájaros muertos.

Cuando me pusieron el azúcar en la boca, sentí que se mezclaba con el sabor de la sangre y pensé en Clara y el Negro. Me había partido el labio.

...

Sí, fue el jueves, porque después de una tarde insoportable llegó la noche y el concierto, los comentarios pertinentes y las malogradas bromas acerca de mi labio. Estábamos todos, todos menos el Negro. Gez estuvo estupendo como siempre, y nosotros, quizás contagiados por la música, también. Como diría Curti, la noche nos hacía hermosos.

Pero lo más hermoso era ella. Edurne resplandecía como un astro sutil haciéndonos girar a su alrededor. Sus gestos agitando el humo, su risa y el gracioso modo de cruzar las piernas y con el pie marcar el compás en el aire; sus labios abriéndose al Gin Mare.

En el primer descanso necesité aire y lo fui a buscar a la barra. El Yacaré había cubierto aforo, el ambiente estaba bullicioso, pero distendido, y Filisberto, detrás de la barra, apoplético y sudoroso, cínico y alegre como siempre.

En cuanto apoyé los codos lo vi que sacaba la botella y dos vasos, se acercó hasta mí y con un suspiro dejó caer la frase: «Un poco de *Gentilagua* para un *Gentilbombre*», y en un suspiro los vaciamos. Cuando empezó a servir la segunda con continuidad de tercera fue que me vi detrás de él, en el espejo de la pared y entre los huecos de las botellas. Entonces escuché su voz. Era Edurne que me nombraba, y mi nombre en su voz era como un lugar vacío, una cosa inanimada y tenue sobre la corriente oscura de un río. Lo sentí posarse sobre ella, hundirse lentamente. Escuché la insistencia y me reconocí en el sonido, pero sin estar. No sé cómo explicarlo, Nana, es como si en el ruido de esas letras pudiera reconocermé, aunque no me contuviera.

Se acercó e hizo un chiste, o al menos sonrió tan resplandeciente como estaba. La hubieras visto, Nana, tan hermosa y liviana. Luego me dijo algo que no entendí y volvió a suceder. Detrás de su alegre sonrisa, llegó el beso y la caricia, pero los labios y la mano se posaron sobre la máscara.

Cuando se fue a reunir con los demás y Gez empezaba el segundo pase, pude verla andar entre las botellas a través del espejo. El gesto adusto de Filisberto también estaba ahí, como si lo hubiera visto, Nana. Luego se acercó, sirvió la tercera y la cuarta, pero no dijo nada.

Cuando terminó el concierto, con bises, vítores y aplausos, hubo un largo momento de ruidosa algarabía hasta que Filisberto dejó pasar a alguien detrás de la barra y tomar las riendas de los discos. Enseguida todos se pusieron a bailar. Luis dejó las gafas sobre la mesa y se fue con Clara, Bety me miró como con asco y acudió a la llamada de Edurne, que ya estaba en medio de la gente.

Qué hermoso era verla, Nana, cada paso que daba no llegaba a tocar el suelo, como si el piso la suspendiera en el aire con pequeños sopliditos, y ella pudiera ofrecer así toda su frágil voluptuosidad sin esfuerzo, sin vulgaridad. Si hubieras visto con qué gracia se acomodaba el flequillo sin perder el paso, o cómo con las manos... Lo siento, Nana, me voy por las ramas. Cuando hablo de ella, es como volver a tocarla. Cuando hablo de ella, desaparece el miedo. Sé que estoy tardando demasiado y que puede suceder en cualquier momento.

...

No sé cómo nos fuimos del Yacaré ni cómo llegamos a casa de Celia, pero ahí estábamos. Algo había sucedido en el camino, porque cuando Bety puso Chopin en el tocadiscos, fue como una venganza, como si buscara en nosotros algo que no supiera pedir. Celia y Edurne lo entendieron así, lo sé, porque de algún modo parecían consolarla, acercarle el abrazo y no dejarla sola, aunque fuera eso lo que quería, estar sola pero cobijada en otras manos, como para no sentirse culpable.

Yo las miré, agarré un libro y me di cuenta de que ni Luis ni Clara estaban. No sé si hice bien, Nana. Abrí el libro por cualquier parte, metí la cara entre las hojas —ya sabés, cosas que uno tiene y no quiere domesticar— y me quedé un ratito así, hasta que escuché que del otro lado Bety empezaba a llorar con esos hipidos de nena buena que siempre me hicieron sentir tan triste y nervioso, tan inútil. Pero esta vez no sucedió así, ni siquiera pude sorprenderme de no sentir eso y, lo que es peor, ni siquiera tuve miedo por no poder sorprenderme. Lo único que se me ocurrió

fue cruzar el salón para alejarme de ese murmullo lacrimógeno y dejarme caer en el sillón, bajo la lámpara.

Pensé que era un buen momento para jugar a las suertes virgilianas y debo haber sonreído, porque desde lejos Bety me miró como acusándome de algo.

Entonces me toqué los labios. No sé qué habrá entendido ella, Nana, porque en cuanto lo hice rompió a llorar —y no es una forma de hablar, en verdad hubo un ruido como de algo que se rompe y cae—, pero esta vez sin hipidos, a moco tendido. Yo seguí el dibujo de mis labios con la punta de los dedos mientras ellas, allá en el rincón, al lado de Chopin, parecían cada vez más lejanas y borrosas, como cosas fuera de foco en una foto vieja. Creo que no había sonrisa posible.

No sé cuánto tiempo estuve así, mirándolas —si es que las miraba—, cada vez más mancha impresionista y menos ellas, sólo sé que hubo un momento en el que ya no seguía mis labios con los dedos, sino que los dejaba vagabundear por las páginas buscando mi suerte.

Fue terrible, Nana, tentar a las cosas así, tan infantilmente, porque un poco más allá del dedo, al filo de la uña, sólo había garabatos sin sentido. Sé que podrías pensar que exagero, o que voy a soltarte ahora el nombre de algún escritor de esos que tanto nos hicieron reír la vez que los empezamos a usar —con toda justicia— de felpudos literarios. Pero no, Nana, si había un juego en todo aquello, yo nunca quise participar; eso era el juego del espanto. Las letras se amontonaban ahí, en la punta de los dedos, y sólo eran dibujitos caprichosos con dedicación de aprendiz o de monje budista, cosas suaves y mudas; no eran frases, ni siquiera palabras, sólo eran cosas hermosas e insignificantes; insignificadas.

Celia en ese momento debió de decir algo, porque mientras yo empezaba a arañar las páginas creí escuchar su voz, el ruido a maraca del pastillero de Edurne y las risas breves, algo espasmódicas, de Bety en medio del llanto.

Después, no sé, Nana; otra vez no sé.

...

A la mañana siguiente desperté solo en mi cama. Solo, aterrado y bajo una lluvia inclemente, aunque la lluvia se fue con el sueño. Sólo la lluvia. El terror se quedó y quizás por el eco del agua pensé en Clara. Decirte que pensé en Clara es demasiado preciso. Ella vino con ese clamor de chapas en la tormenta, aunque no las hubiera, y quizás por no haberlas, vino también el Negro. Ya sabes, Nana, a veces las cosas se nos presentan como si estuvieran detrás de un charco en el que uno asoma el rostro, o como podría escucharse la voz de alguien que reza o habla solo y sin mucha articulación, que es lo mismo.

Y creo que ahí, justamente ahí, en ese momento, es cuando uno podría cambiar algo, torcer el destino de alguna cosa, no sé, quizás de uno mismo. Pero no, no lo hacemos, Nana, esquivamos el charco y aceleramos el paso como si alguien nos esperara en alguna parte o subimos el volumen de la radio y nos ponemos a limpiar la casa o a fumar en el balcón escupiendo a los coches que pasan allá abajo, mirando «esa cosa inmundada que trota las calles». Preferimos la bifurcación para darnos la espalda y alejarnos, la distracción antes que escucharnos. Lo sé por mí, Nana; lo sé por el Negro, por Clara.

Tumbado en la cama como estaba, las palabras me salían como burbujitas que flotaban y se reventaban contra el techo. Entonces, cuando me di cuenta, comencé a hablar, a hablar mucho, Nana, porque a medida que esas esfericidades se estrellaban contra el techo o las paredes, el temor se iba desdibujando y las palabras volvían a tener un cuerpo y un sonido, un sentido frágil y concreto. Todo lo que tenía que hacer por la casa lo hice hablando. Todo, sin detenerme, daba igual qué decir o qué hacer, tenía que hablar; tenía que aferrarme a las palabras. Pero a pesar de eso, no me atreví a tocar los libros.

Cuando salí a la calle, me descubrí escindido, ya no sabía entender lo que decía. Podía escuchar mi voz parlotando mientras pensaba en otra cosa y esa otra cosa era Edurne —quizás porque era otra forma de espantar el miedo—, pero sobre todo Clara. Clara y el Negro.

Empecé a caminar para el lado de su casa sin pensarlo demasiado, arrastrado por algo parecido a la certeza o movido por el suplicio de la esperanza, como diría Villiers. Y ya sabés qué es lo que pasa, Nana, cuando uno anda caminando por ahí hablando solo. La gente se aparta, unos sonrían un poco por benevolencia, un poco por miedo; otros parecen irritarse, como si por andar suelto y monologando en alto, solo, uno les contaminara fatalmente ese diminuto espacio de normalidad que ocupan. Cosas que hace la gente, Nana, cosas que hacemos por no saber, por no querer saber. A nadie le importa lo que decís, a nadie le importa lo que tejen las palabras ni lo que hay detrás ni por qué necesitás decirlas, sacarlas de esa oscuridad en la que viven a veces, y sólo se detienen en lo inapropiado de las formas, en lo inoportuno del sitio o el momento. A nadie le importa otra cosa.